

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

SR. JUAN GÓMEZ MILLAS,

*en el Acto Inaugural del Año Académico, efectuado en
el Teatro Astor, de Santiago, el día
sábado 7 de abril de 1962*

Señores profesores y alumnos:

Los actos de iniciación de este año académico incluyen algunas innovaciones de importancia que aplaudimos sin reservas. Los directores de la Federación de Estudiantes han organizado, en colaboración con un grupo de profesores, conferencias y presentaciones artísticas destinadas a examinar algunas de las más importantes cuestiones que preocupan al mundo.

Esta cooperación espontánea de los estudiantes señala importantes cambios en su actitud y constituye un progreso considerable con relación a lo que ha sido la Universidad latinoamericana.

Por otra parte, la política de autoeducación emprendida en los últimos años por grupos coordinados e integrados por estudiantes de diversas disciplinas en el campo de la vida social, es una labor de conocimiento y comprensión que traerá enormes beneficios a la formación de los futuros profesionales. Permitirá al joven, por un lado, penetrar en las intimidades complejas y hondas de la vida de la nación y, por otro, aprender a trabajar en equipos integrados y no en líneas independientes, y, por tanto, irrealistas. Esperamos que los profesores colaboren con entusiasmo en estas obras profundamente educativas y las autoridades políticas y administrativas de la nación comprendan el significado que tiene este tipo de organización de trabajo para la aplicación acertada de una política de masas, como requiere el presente y lo exigirá con más fuerza el porvenir. La movilización de grandes grupos humanos para su propio progreso y bienestar no puede hacerse sino por medio de equipos coordinados de hábiles y entrenados dirigentes. Prepararse para ser esos dirigentes es tarea de los estudiantes de hoy.

Debemos habituar a nuestros estudiantes a pensar dentro de la Universidad de que, además de ser profesionales de la ciencia, o del arte, son hombres con responsabilidad en el servicio y en la producción de bienes para sus semejantes, y que no es el lucro individual, como en e

pasado, lo que los debe orientar en la elección de profesiones o estimularlos al estudio, sino una concepción amplia, realista y clara de los servicios que puedan prestar en la producción de bienes espirituales o materiales.

Estos cambios en la actitud del estudiante, del profesor y del investigador en la Universidad, nos estimulan a revisar lo que es la Universidad en este momento y cuál será su proyección en el futuro.

La Universidad es una tradición y una tarea. Como tradición se remonta a los orígenes de la vida intelectual de las sociedades modernas; nació juntamente con las ciencias y filosofía griegas, satisface un impulso fundamental del hombre: conocer las relaciones de las cosas, analizarlas y medirlas, comprender los fenómenos humanos, compartirlos en forma ideal y comunicar a otros sus conocimientos y comprensiones. El diálogo, sometido a ciertas reglas de juego, que llamamos lógica, es el sistema de comunicación mediante el cual satisfacemos aquellos impulsos fundamentales. Toda la historia de la ciencia, la literatura y del arte está ligada y entrelazada a este sistema de trabajo intelectual y más perfecta es una institución de enseñanza cuanto más se aproxima al diálogo libre y directo. Al pensar en un sistema de educación, debemos partir de esta base. Todo sistema que de una manera u otra se aleja del concepto originario, marcha a su decadencia y perversión y deja de ser un método racional de educación superior.

Por eso, cada vez en el pasado que grupos de hombres quisieron impulsar el conocimiento o buscaron la verdad y para ello educaron a otros, recurrieron, en lo esencial, al tipo de trabajo intelectual que los griegos descubrieron.

La enseñanza e investigación que los maestros realizan en la Universidad, otros también la promueven en Academias y Sociedades científicas; pero es una característica de las Universidades que en ellas predominen dos momentos formadores: primero aquel en que la Universidad educa a los adolescentes en el espíritu y conocimiento de las ciencias y, segundo, aquel en que por medio de seminarios o institutos especializados forma y entrena a sus graduados en la investigación individual.

Para que estos fines se cumplan, la Universidad, en cierto modo, debe ser una Torre de Marfil, donde se aligere para sus estudiantes y maestros en lo espiritual y material, el peso del fardo de la vida y todo el esfuerzo se destine a prepararse para recibir la luz de la verdad y buscarla con amor. Esto significa que la Universidad posee un doble carácter. Es un lugar de retiro desde donde se contempla el mundo, se le estudia, analiza y mide, y un lugar donde se educa y prepara a los hombres y mujeres para actuar sobre el mundo, modificarlo y mejorarlo. Allí deben estar en el mundo y, al mismo tiempo, separados del mundo. Nada de lo que ocurre en la naturaleza, en la sociedad o en el individuo les puede ser extraño; en la Universidad la tarea es lograr una explicación o comprensión de los fenómenos y no la de participar en ellos con responsabilidad directa. Muchos jóvenes sin formación sufi-

ciente y adecuada se lanzan a la acción, porque se creen responsables y se conducen ante la visión de las miserias humanas. Es un error. La verdadera responsabilidad está en otras manos; la responsabilidad de los jóvenes reside en su tarea de formación y entrenamiento dirigido y su deber actual consiste, si ven que las cosas del mundo andan mal, en prepararse bien para mejorarlas y no en asumir tareas a medias y actuar sin madurez. Muchos jóvenes fácilmente se convierten, en medio de la lucha política desenfundada del presente, en instrumentos ciegos de hombres inescrupulosos que poco después de usarlos los dejan abandonados en la horrible soledad del desengaño.

La sociedad debe asegurar a la comunidad universitaria una existencia honorable, si ella quiere poseer hombres y mujeres capaces de dirigirla y beneficiarla. Por eso y para eso los poderes públicos y privados, el Estado y las familias, le deben protección y afecto. La Universidad, en este sentido, no es una institución más, entre las públicas y privadas; es una entidad especial que debe poseer una legislación protectora de su misión. Confundirla con la masa de las instituciones existentes y aplicarle una legislación semejante ha sido no sólo un grave error, sino un gran daño para la educación superior. La tendencia de la legislación en todas partes es favorable y comprensiva de este punto de vista.

Antes que nada deseo describir a la Universidad no como institución, sino como un conjunto de hombres investidos de cualidades para la obra que deben ejecutar. Durante la época de los orígenes de la Universidad, en el mundo griego, quienes la constituían se ligaban por el amor al saber. ¿Qué características unen hoy día a profesores, investigadores y alumnos que forman la comunidad universitaria y en qué se diferencian de los demás miembros de la sociedad?

Nosotros, por medio de la investigación, la enseñanza y el aprendizaje nos ocupamos de descubrir verdades, transmitir las y formar al nivel más alto que nos es posible un grupo seleccionado de la juventud en el amor activo y en el trato de las ciencias, las tecnologías y las artes. Los grados académicos que otorgamos poseen cada uno, en su sitio jerárquico, la misma excelencia. Los títulos profesionales que concedemos están sometidos a las condiciones y jerarquías que determinan las leyes y responden a necesidades y requerimientos del grado de complejidad, división del trabajo y desarrollo general de la Sociedad. Preparamos para la obtención de ellos sólo en relación directa al nivel de formación científica o tecnológica superiores que requieren. Evitamos, porque no es de nuestra incumbencia, ni puede serlo, mezclarnos en los problemas sociales, administrativos o políticos de los colegios profesionales, o en sus luchas de competencia; ellos son asuntos que perturban la vida universitaria. Esto no significa que no advirtamos a los poderes públicos las dificultades que esos problemas presentan, muy a menudo, al progreso del trabajo nacional. Debemos evitar, por todos los medios posibles, confundir en nuestras actividades universitarias las tareas cien-

tífico-pedagógicas adecuadas para conceder títulos profesionales con los problemas y disputas que ocurren en el desarrollo de la actividad profesional.

Para cumplir honradamente con nuestras funciones, defendemos con celo nuestras libertades académicas y la autonomía de nuestras resoluciones, porque creemos firmemente que la ciencia y el arte tienen un desarrollo más sano y completo allí donde aquéllas son respetadas y las decisiones de los responsables de la educación superior pueden ser llevadas hasta el final; y aunque a veces nos equivoquemos, es preferible que remedemos nuestros errores libremente, que someter nuestros actos universitarios a controles extraños a los responsables de la educación superior. Pero los intereses prácticos y la propaganda política no tienen derecho a invocar el goce de la libertad académica.

Amamos esta tierra chilena y la queremos ver próspera y feliz, pero pensamos que la Universidad es por esencia supranacional; que la ciencia y el arte son el más alto producto de la comunicación entre los hombres de todo el mundo.

Cada uno de nosotros, que trabaja en la Universidad, tiene una visión del mundo y de la vida, una creencia y una doctrina; ninguno de nosotros pretende obligar a otro ser humano a pensar como él; nos respetamos en esto los unos a los otros, y en nuestras ardientes polémicas tratamos de comprendernos.

Muchos de los que acuden a nuestras aulas para enseñar o aprender vienen de tierras lejanas; hablaron en su niñez lenguas diversas, se educaron en otras tradiciones culturales, proceden de estratos sociales diferentes, pero al pasar los dinteles de nuestras puertas, todos se igualan en la devoción a la verdad y a la belleza y en el aprecio mutuos.

Cada uno de nosotros tiene alguna preferencia intelectual: la matemática o la historia, el arte o la química; pero todos creemos que en lo más elevado del pensamiento humano, el científico y el poeta se entienden y que la naturaleza del hombre se alimenta de ambas cosas.

Sabemos que la extensión y profundidad del conocimiento humano obliga al científico y al profesional a la especialización; pero creemos que ella debe conjugarse con una cultura general que ofrezca una explicación suficiente del mundo en que vivimos y una comprensión de los caminos del hombre.

Toda agrupación constituida por hombres que tienen la actitud y virtudes señaladas es de hecho como Universidad y es por estas cualidades que ese grupo se singulariza y distingue de cualquiera otro. Es mejor una Universidad que otra cuando estas características alcanzan un nivel más elevado de excelencia.

El rango de una Universidad no depende del número de sus alumnos ni de su antigüedad, ni de su riqueza, ni del esplendor de sus edificios, laboratorios o bibliotecas, sino de la calidad de sus profesores y de sus alumnos: Todos los demás elementos son complementarios. Hay, sin embargo, aspectos jurídicos, administrativos y económicos que faci-

tan y fomentan el desarrollo de las capacidades necesarias para que florezcan la ciencia y el arte.

La Universidad, por tanto, es una actividad espiritual que necesita de una organización material para expresarse y actuar. Y cuanto mejor y cuidada sea esta organización, mejor será la expresión de los valores que poseen estudiantes y maestros y más profundos los efectos de la educación superior en el progreso de la sociedad.

El hombre y sus obras sólo pueden ser comprendidos históricamente; lo mismo ocurre con la ciencia en cuanto fenómeno cultural y con la idea de Universidad. La ciencia jamás está detenida, siempre está siendo algo distinto de lo que era en el momento anterior, la ciencia deviene; el arte descubre formas nuevas, y la Universidad debe seguir estas continuas creaciones, pero, además, las transformaciones sociales y preparar con anticipación los cuadros de hombres que esas transformaciones van a ocupar. Inmovilizarla es matar su aliento vital, destruir su idea. Los hombres que crearon la cultura griega y la idea de Universidad se ligaron entre sí sólo por el amor al saber racional, crítico y analítico; se denominaron filósofos. En los comienzos no creían tener obligaciones legales para con el Estado. Habían realizado una convención libre y fluida y en estos términos vivieron y actuaron en la Academia, la Estoa o en el Jardín de Epicuro. Justamente la idea de que tenían un deber para con el Estado o la sociedad llegó a ser un producto de sus meditaciones acerca de la función social y política del saber, y de la categoría que adquiriría el sabio en el poder público. Sólo en los estados helenísticos postalejandrinos apareció la idea de Universidad vinculada al Estado, sostenida y protegida por él, tal como se realizó, por ejemplo, en el Museo de Alejandría. Este concepto sobrevivió hasta el día en que un emperador bizantino clausuró la Escuela de Atenas.

Entretanto, la misión cultural y formadora pasaba a nuevas manos, a las de la Iglesia Cristiana. Hasta el aparecimiento de la idea de que los consagrados poseían una misión apostólica, las civilizaciones grecolatinas habían aceptado que la educación fuera impartida por los sacerdotes o por los laicos, pero, desde el triunfo cultural de la Iglesia Cristiana, una de las funciones esenciales del sacerdocio fue la de definir la verdad, enseñarla y propagarla. La educación pasó a manos de miembros autorizados y especialmente entrenados y ungidos para ello. Las almas inquietas, ambiciosas de saber, se agruparon en los monasterios, conventos, iglesias catedrales y escuelas palatinas, donde reanimaron algunas de las tradiciones culturales antiguas, reinterpretadas a la luz de las creencias cristianas transmitidas por la patrística, los Evangelios y el Antiguo Testamento. Hacia la segunda mitad del siglo XII, y a imitación de las guildas de los artesanos, aparecieron en torno a las iglesias catedrales italianas y francesas las primeras corporaciones de alumnos y profesores con el nombre de Universidades, unidad filosófica del saber variado. A pesar de que las Universidades serían instituciones autorizadas y controladas por la Iglesia, fueron el instrumento por medio del cual los laicos rompieron el

monopolio docente de los eclesiásticos. Lo que hasta ese momento se había mantenido y desarrollado en el escondrijo de los conventos y monasterios, comenzó a ser la tarea de la República de los escolares.

Nuevas tradiciones literarias y científicas llegaban a los centros universitarios de Occidente, a medida que aumentaban y se intensificaban los contactos entre el mundo occidental cristiano y las civilizaciones no cristianas por medio de las cruzadas y el comercio. Las escuelas de traductores y comentaristas árabes de las tradiciones antiguas del Mediterráneo y los escritores y pensadores bizantinos introdujeron nuevas preocupaciones y temas de análisis en los círculos doctorales. Profesores y estudiantes se visitaban mutuamente; el rumor de sus disputas alegraba las ciudades, la música de sus canciones unía sus espíritus, afirmaba bulliciosamente sus derechos y privilegios; la inviolabilidad de sus recintos afianzaba sus aspiraciones a independencia espiritual y libertad de doctrina. Allí se prepararon los administradores y legistas, los teólogos que levantaron su voz en los grandes concilios y los inconformistas que desafiaron a los reyes y autoridades eclesiásticas para defender nuevas visiones del mundo terrenal o del sobrenatural, o los que clavaron sus tesis desafiantes y atrevidas en los portales de la Universidad de Wittemberg. Ellos redactaron los "Speculum Mundi", catálogos del saber humano, e inspiraron a los decoradores y artífices de las catedrales. A partir del siglo XIII su influencia y poder crecieron grandemente, hasta el momento en que, y por desgracia, se convirtieron en instrumentos de las luchas entre los poderes espirituales y temporales al final de la Edad Media.

El formidable empuje de la inteligencia occidental recibió, durante el siglo XV, un nuevo vigor, cuando el vendaval del humanismo inició la revisión crítica de la sabiduría medieval escolástica y comenzó, con nuevo espíritu, a construir las bases de la ciencia moderna. Aparecieron los humanistas, con frecuencia, al margen de las Universidades, unas veces dispersos y otras unidos en Academias o Círculos sabios. En cierto sentido, ellos fueron la expresión de la iniciativa privada en el desarrollo de la ciencia y de la educación superior. Sus nombres son célebres en la historia del hombre no sólo por el valor intrínseco de sus obras, sino por el coraje de sus almas: Comenius, Erasmo, Tomás Moro, Copérnico, Montaigne, Giordano Bruno y muchos otros.

La Universidad, desde aquellos momentos y a un ritmo acelerado, cayó bajo la influencia del Estado Moderno en relación directa con su crecimiento y expansión restringiendo, en gran parte, sus actividades educativas a la satisfacción de las necesidades administrativas y de servicios de sus nuevos amos. Por otra parte, nuevas fuerzas espirituales quebraban la unidad del cristianismo, mientras otras desmoronaban la tradición científica y artística. La nueva fe, en muchas partes, y las nuevas concepciones científicas o filosóficas crecían al margen de las Universidades y a menudo en lucha violenta con las autoridades establecidas. Así se iniciaba un período oscuro de la Universidad moderna. Los poderes espirituales, que en un momento habían dado vigor creador a la Edad Me-

día y en otro al humanismo, tenían ahora que luchar contra la sofocante acción practicista de los intereses políticos temporales. Pretendían que la misión de la Universidad se subordinara a la de proporcionar servidores al cuerpo eclesiástico y al Estado. Los fines puramente prácticos y profesionales ahogaban la capacidad creadora que había bullido en otro tiempo en los claustros universitarios. Se había roto el equilibrio entre la ciencia y la conciencia, como en el momento actual en muchos países.

A los comienzos del siglo XIX, primero en Berlín y luego en Londres y otros lugares, gracias al valor e importancia atribuidos por la filosofía de la ilustración a la investigación de la naturaleza y a los métodos de observación y experimentación, apareció la nueva Universidad científica y formadora, abierta a las necesidades de la época y a los impulsos y exigencias de la ciencia natural.

A partir del siglo XIX y durante el siglo XX, en especial después de 1930, las Universidades se multiplicaron y crecieron en todas partes como jamás había ocurrido. Por toda la superficie del globo donde una nueva sociedad aparecía con aspiraciones de desarrollo o un nuevo estado nacía a la vida, desgajándose del cuerpo de alguno de los antiguos imperios coloniales, se levantó inmediatamente un Centro nuevo de Educación Superior como guía y sostén espiritual del grupo humano. Si el colonialismo no había dejado, en los países que se independizaban, institutos de enseñanza superior, los nuevos grupos directivos buscaban profesores en el extranjero y enviaban centenares y a veces millares de jóvenes a educarse a los centros más célebres del saber; instalaban laboratorios y bibliotecas, pensionados para alumnos y, al mismo tiempo, entablaban ardientes polémicas acerca del mejor sistema de educación superior que convendría implantar. Los pueblos comprendieron que sus destinos estaban, en gran medida, en manos de las Universidades y que eran ellas las que darían las mejores posibilidades para la construcción de los países.

La primera preocupación de las élites intelectuales que lograron la independencia, aun en regiones donde el número de los analfabetos oscilaba entre el 70% y el 90% de la población, fue la de destinar recursos económicos y los mejores hombres de que disponían a las tareas de la educación superior. Entretanto, los países de alta tradición cultural, que al mismo tiempo eran las grandes potencias, se encargaron de propagar por todo el mundo la nueva fe en la ciencia y la tecnología y en los efectos mágicos de la educación. La idea ha sido acogida con tanto entusiasmo que ella, como un ácido, está corroyendo, en todos los continentes, toda otra creencia.

El efecto disolvente de la ciencia y de la tecnología occidental no sólo afecta a las antiguas creencias religiosas, sino también a todos los elementos culturales y tradicionales de carácter local. Los pueblos comienzan a vivir, por primera vez en la historia del mundo, en un trágico vacío cultural que perdurará hasta el momento en que la obra de la educación nueva, la ciencia y la tecnología, por caminos aún desconocidos, llenen con nuevos dioses el ocaso de los antiguos. Un vacío espiri-

tual dramático, cuya profundidad no podemos imaginar, perdurará por muchos años en que, como dije hace tiempo, el mundo se convierte en algo extraño y distante para el hombre. Si los grupos dirigentes y responsables olvidan el significado e importancia de esta situación cultural al impulsar la industrialización, no escapan a la violencia anárquica de todos contra todos, como se observa en varias partes de África y América. La violencia llena con sus alaridos el vacío de las almas dejadas en abandono por el atardecer de la cultura.

En África, Asia, como en América u Oceanía, las poblaciones independientes se disputan a los científicos con un entusiasmo jamás igualado. Es el más poderoso y alentador reconocimiento mundial a la energía del saber y a la importancia que tiene el hombre que lo posee. La poderosa expansión de la educación superior y la conciencia de que satisface grandes necesidades, plantea numerosos problemas nuevos en relación a la misión diferente que tienen las Universidades según el tipo de país al cual sirven y al grado de su desarrollo industrial y a los procesos de transculturización y decolonización. No me es posible tratar aquí toda esa enorme problemática. Algún día lo haré con más tranquilidad y sosiego. Por el momento os indicaré algunos conceptos significativos a manera de ejemplo.

Los costos comparados de dos Universidades que aspiran a cumplir exigencias equivalentes e instaladas en países de desarrollo industrial diferente son proporcionales al desarrollo industrial respectivo. De lo cual resulta que el esfuerzo económico y humano que tiene que hacer el país de menor desarrollo es mucho mayor, durante un largo período, al que hacen los países de desarrollo industrial superior. Esto es el efecto de la acumulación combinada del desarrollo científico y el crecimiento industrial y la relación comercial con el mundo culto. Esta situación no sólo tiene que ver con la adquisición de equipos, libros, revistas, formación de personal suficiente y otras facilidades materiales o humanas, sino también con los problemas no menos graves de lenguaje, tradición científica y comprensión y aceptación de ciertas tareas superiores por parte de los grupos directivos nacionales. A un país que está surgiendo del confuso período de la decolonización o que vive alterado en su vida social y económica por los procesos de ajuste en la etapa de la industrialización acelerada, como el nuestro, no es fácil demostrarle con claridad que debe hacer enormes sacrificios para fundamentar su porvenir en la investigación científica lenta y variada, sin fines de lucro inmediato, de sus recursos naturales, o que no basta que en una Universidad exista, por ejemplo, un solo físico teórico, cuya formación requirió por lo menos 15 años de trabajo paciente, sino que es necesario un grupo, ya que uno solo no puede sobrevivir en la investigación científica. Los científicos y educadores pueden presentar muchos ejemplos para ilustrar estos conceptos; pero no siempre consiguen que sus argumentos sean comprendidos de tal manera que, además de convencer, persuadan.

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Todos vosotros, que habéis cursado las humanidades, recordáis de seguro el mito de la caverna que Platón relata en el libro VII de la *Politeia* para explicar sus ideas acerca de la educación filosófica; recordaréis los prisioneros que vivían amarrados de pies y manos desde su infancia, incapaces de ver otra cosa que la oscuridad y las sombras que se proyectaban en el fondo de la cueva, inhábiles de comprender la verdad de los seres que se movían fuera, a la luz, porque jamás habían tenido otra experiencia y si forzados fuesen a salir, la luz brillante del sol los cegaría, de tal manera que por mucho tiempo tampoco podrían ver, a menos de ser educados para ello. Lo mismo ocurre a grupos directivos o dominantes en las sociedades latinoamericanas, impotentes para abrirse a nuevas experiencias, prisioneros de sus intereses y prejuicios, viviendo en la oscuridad, sin valor para contemplar la luz y elegir con acierto las buenas metas y adoptar resoluciones eficaces.

Un país que despierta al desarrollo industrial acelerado tiene ante sí muchas metas y alternativas por las cuales resolverse, no sólo en el aspecto material, sino también en el espiritual: ¿qué importancia dará a la educación en las inversiones y cuál a los diversos niveles?; ¿qué investigaciones básicas ligadas al desarrollo de sus recursos naturales emprenderá?; ¿qué protección dará a las ciencias básicas o a las diversas tecnologías?, etc. Una cantidad inmensa de alternativas se le presentarán durante un largo período de ajustes y reajustes. Y como las cosas siguen su marcha, sin esperar que nos decidamos, se produce una situación histórica extremadamente compleja y contradictoria, cuya expresión en la economía en gran parte es lo que llamamos inflación. No pretendo definir aquí la inflación desde el punto de vista económico sino desde el ángulo de visión histórico-cultural. Muchos investigadores de la situación histórica actual del mundo han comprendido que la misión de la Universidad y su forma de trabajo no es igual en un país de desarrollo científico y tecnológico antiguo a la que asume en un país de desarrollo reciente y en proceso de cambios acelerados. Poco a poco se han esfumado y diluido los esquemas ideales de Universidades que construyeron primero Europa y después Norteamérica hasta 1930. Así como Norteamérica aceptó durante el siglo XIX, los principios fundamentales de la educación superior europea y, basándose en ellos, construyó nuevos esquemas de Universidades, diferentes a las europeas —y otro tanto ha hecho la URSS— en el afán de adoptar esos principios a las situaciones históricas reales de servir las necesidades de las poblaciones y satisfacer las exigencias de la ciencia, asimismo, estoy firmemente convencido de que las necesidades y exigencias que se plantean en los países como el nuestro y en las condiciones en que vivimos, nos obligan a remeditar acerca de lo que más nos convenga hacer y cómo mejor hacerlo en materia tan difícil y complicada como educación superior y promoción de la ciencia y el arte.

Es frecuente en nuestras discusiones acerca de sistemas de educación u otras materias de interés público que recurramos a los ejemplos y a la

experiencia histórica y recomendemos la adopción de esquemas reconocidos como útiles y eficientes en otros lugares o épocas. Recurrimos a lo que llamamos la experiencia histórica. Pero olvidamos, al mismo tiempo, que la experiencia histórica nos enseña primero que cada situación histórica es única, irreversible y que jamás se repite idéntica a sí misma, salvo en su aspecto morfológico, y segundo, que la acción destinada a construir soluciones a los problemas reales debe tomar en cuenta, antes que otra cosa, los antecedentes históricos complejos que dan vigencia al problema y determinan su tendencia en cada caso y lugar. Me explicaré recurriendo a un caso individual.

Todo joven que se inicia en la vida ciudadana está obligado a emitir su voto y, por tanto, a tener una opinión política, lo mejor que pueda. Muchas preguntas lo asedian respecto a sistemas de Gobierno, conceptos económicos y sociales y hombres capaces de acción, ¿Cómo responder a todas? Ellas fueron las que agitaron al joven Hipólito Taine cuando, en 1849, aspiraba a ser un ciudadano honesto en Francia y votar a plena conciencia de lo que hacía.

Para responder a sus inquietudes inició prolijas investigaciones acerca de los orígenes de la Francia contemporánea. El sistema político que debería adoptar Francia no había de buscarse en un ideal fuera del tiempo y del espacio, sino en aquello que fuese más adecuado a sus antecedentes históricos, a su ambiente geográfico y al carácter del pueblo francés, tal como se había mostrado frente a las pruebas a que lo habían sometido los siglos.

¿Adoptaremos nosotros el sistema inglés, el estilo de vida del ruso, del francés o del americano, porque ellos funcionan bien en aquellos países y responden a su historia, a su geografía o a los mil matices de las reacciones populares respectivas?, ¿o será mejor que pensemos en el traje que nos cuadre mejor a nuestra propia medida?

Un punto de vista semejante, objetivo y realista, tiene vigencia para la construcción o reforma de un sistema de educación. Vivir de prestado es buscarse una vida falsa por indolencia para descubrir la verdadera.

Toda teoría para que tenga validez en la ciencia debe tomar en cuenta todos los hechos conocidos concomitantes y sus relaciones. El proceso educacional supone una teoría de la educación y ésta una proyección de la situación histórica y una proyección de la sociedad a la cual se va a aplicar. Todo esto es una labor de científicos de diversas disciplinas. Una vez construido el andamiaje intelectual, la pregunta que el científico se formula es: pero ¿cuál es la voluntad ciudadana?, ¿hacia dónde quiere ir el pueblo?, ¿qué sacrificios y para qué objetivo está dispuesto?

Desde ese momento termina la labor del científico y se inicia la del político: es él quien, debidamente informado por el trabajo de los científicos, debe orientar a la opinión ciudadana hacia las mejores metas y luego convertir esas metas en resoluciones y actos. Dos son las grandes tareas del verdadero político: ilustrar al pueblo acerca de las mejores

metas nacionales colectivas y llevarlo a la acción y al trabajo, consciente de que está construyendo un destino común, una sociedad integrada. Una vez que la opinión está formada, el pueblo la expresa en votos y el político la convierte en leyes y en disposición al trabajo y al sacrificio. El fondo histórico de toda política auténtica y creadora significa el reconocimiento y la aceptación popular de un sacrificio tanto más grande cuanto más creadora llega a ser.

La voluntad ciudadana se expresa en la ley y ésta es obra del político. La ley en el siglo XIX en Chile fue creadora, estimuló el trabajo, auxilió al hombre esforzado dentro de los marcos sociales de la época. La ley no confundió, no dejó perplejo al ciudadano, la ley fue guía, aun en el lenguaje. Pero desde hace años la irresolución y la indecisión ciudadana ante los caminos y metas que conviene adoptar, han provocado una gran abundancia y confusión en leyes y reglamentos que introducen más desorden que orden. La educación superior misma está cayendo víctima de la legislación y reglamentación excesivas que dejan muy poco campo a la iniciativa de los individuos, y matan el sentido de la responsabilidad aun en las empresas privadas y en las públicas, la cercan y rodean de un ambiente de terror y suspicacia. En el fondo, la nación se paraliza bajo la apariencia de una acción que se resuelve en mera agitación sin fines claros y seguros. Organismos destinados a supervigilar la legalidad de las inversiones tienden, a pesar del esfuerzo de sus dirigentes, a orientar y dirigir la inversión misma sustituyéndose, en el espíritu y en la realidad, a la iniciativa y libertad de acción de las entidades responsables.

La Universidad realiza, desde hace años, un examen crítico de sí misma, de su organización, de sus fines, de los problemas de la educación superior. Nuevas instituciones y tendencias han aparecido en su seno para abrirla y ensancharla, hacerla más ágil y efectiva.

La discusión libre y elevada nos va llevando, seguramente, hacia nuevos marcos teóricos y prácticos. Esto nos trae luchas e incomprensiones; pero tenemos ánimo para sobrellevarlas, porque tenemos fe y confianza en el porvenir de Chile y profesamos un grande amor a la función de educar a la juventud. El profesorado, los investigadores, los funcionarios y los alumnos responden cada día mejor al llamado de nuestro tiempo. Pero necesitamos con urgencia un nuevo Estatuto que nos permita dar con rapidez satisfacción a las aspiraciones educativas nacionales y al progreso en la formación científica y artística.

Antes de terminar, permitidme que agradezca a muchos profesores e investigadores los dones que ellos nos han hecho de bienes espirituales. Muchos de ellos, en los diversos campos de la ciencia, las letras y el arte, han realizado, en el último año, trabajos excelentes, que han merecido la aprobación de la ciencia internacional. Muchos están obteniendo, gracias a su capacidad personal, la ayuda y el estímulo de instituciones extranjeras.

Al mismo tiempo, quiero que recordemos a los profesores que se fueron de nuestro lado, arrebatados por la muerte. Ellos nos legaron su noble ejemplo; para siempre estarán sus nombres en nuestro recuerdo. El mejor consuelo que podemos enviar a sus parientes y amigos es la afirmación que ellos cumplieron hasta el último momento con sus deberes.

También recordemos a nuestros benefactores, en especial a Salomón Sack, que tanto hizo por vosotros.

Y, ahora, al terminar este acto académico, volved a vuestros hogares alegres y fortificados y llevad como consigna grabada en el alma que la vida no es placer sino deber.

